

## 1. UN VIAJE INESPERADO

Manuel y Felipe caminaban a paso ligero por la pasarela del P. Arrupe que une los dos lados de la ría. Habían quedado en la Universidad con un viejo amigo de la familia de Manuel, que los llevaría a la biblioteca. Avanzaban comentando los trabajos que tenían que hacer para la clase de Filosofía.

—A mí me gusta el tema que tengo: los sofistas. Lo pienso relacionar con Sócrates y voy a defender que no era uno de ellos. Lo mataron y eso no fue justo. Voy a contraatacar.

—Vale, Felipe. Me parece bien. Tranquilo, que te enciendes mucho con este asunto.

—Claro, como a ti te gustan las matemáticas y los pitagóricos, lo ves desde fuera. Parece que no te importa lo que hicieron con Sócrates. Lo tuyo es más clarito, más exacto, armonía, orden. ¡Ya te vale!

Manuel se quedó en silencio pensando en las palabras de Felipe que resonaban en su cabeza como un deseo para sí mismo. Le gustaba practicar saltos difíciles y se daba cuenta de que algunas tardes, saltando con sus amigos, se concentraba de tal modo en la precisión del movimiento que todo lo demás desaparecía de su conciencia. El desafío de la acción, cada vez más difícil y arriesgada, le atrapaba y le impulsaba a repetir los saltos una y otra vez, perdiendo el sentido del tiempo, dejándose llevar por la inercia de volver a hacerlo. Cuando alguien miraba el móvil y decía la hora, Manuel se daba cuenta de que le había vuelto a pasar y que llegaría tarde

a casa. Echaba a correr, pero ya sabía que tendría que afrontar el consiguiente enfado de su padre.

El profesor de Filosofía les había hablado de la armonía como un modo de vida para algunos griegos. Aquella idea le había sorprendido y le había llevado a preguntarse si se podría conseguir algo así en la vida de uno, lo mismo que en una estructura musical. Se había decidido a estudiar esta cuestión en teoría, en un trabajo para Filosofía, porque en la práctica distaba mucho de comprender cómo se podría lograr. Le gustaban la arquitectura y las matemáticas, así que aceptó con gusto la sugerencia del profesor de relacionar las tres disciplinas, intentando ver el punto de unión a través de la armonía. No tenía ni idea de por dónde empezar.

Los esperaba en la entrada del laberinto, un acceso a la Universidad de Deusto marcado por un entramado de piedras en el suelo que recuerdan el viaje hacia el conocimiento. En aquel momento, Manuel y Felipe no sospechaban que muy pronto realizarían un viaje inesperado.

—¿Dispuestos a meteros de lleno? —les saludó.

Se miraron y sonrieron sin saber muy bien qué quería decirles.

No hubieran sabido concretar la edad de aquel hombre que les sonreía. Desde luego no era un viejo como iban pensando. Unas cejas pronunciadas resaltaban sus ojos vivos, de mirada penetrante y astuta. Su rostro alargado, acentuando la barbilla, mostraba un gesto amigable, pero quizá extraño para ellos, un tanto inquietos en la situación nueva en la que se encontraban.

—Os voy a llevar a la antigua biblioteca. Ya sabéis que la actual está en el nuevo edificio, al otro lado de la ría. Pero en este hay un lugar que muy pocos conocen. Guarda los libros más valiosos que el bibliotecario no quiso trasladar, porque aquí están bien protegidos por las piedras centenarias. Lo que os voy a enseñar hoy es un secreto que tenéis que guardar.

Estaban sorprendidos. El hombre había bajado la voz y se había acercado a los chicos anunciándoles que les iba a conducir a un ámbito misterioso.

La Universidad había transformado el uso de la sala central de la antigua biblioteca en Salón de grados para las defensas de tesis doctorales. Se mantenía la estructura de madera de las estanterías que llegaban hasta el techo. Un par de escaleras de caracol posibilitaban el acceso a la parte más alta. El hombre accionó un resorte de una de las estanterías bajas que se abrió como una puerta. Entraron por un pasillo estrecho con las paredes de piedra. Una pequeña luz iluminaba el camino.

—Adelante.

Manuel y Felipe avanzaban asombrados. Lo que menos se esperaban era que iban a recorrer un camino escondido, en compañía de aquella persona que les guiaba. Los dos trataban de sobreponerse al temor que les empezaba a rondar por dentro.

—¿Esto no se conoce? —preguntó Felipe—. Parece que el acceso está oculto.

—No, no lo conoce casi nadie. El ayudante del bibliotecario trabaja aquí y por supuesto él, el director de la Biblioteca, pero pocas personas más. Yo vengo a veces, cuando viajo —concretó mirándolos, sabiendo que no alcanzarían a comprender el sentido de sus palabras.

El pasillo terminaba en una escalera de piedra en forma de caracol, pero muy abierta, casi formando una elipse. Era amplia y se podía descender por ella con comodidad.

—Por aquí. Enseguida llegamos.

No sabrían calcular cuántos pisos habían descendido. Las gradas en penumbra, débilmente iluminadas por unas pequeñas luces casi a ras del suelo, contribuían a hacer enigmático aquel espacio. La escalera terminaba en una pequeña habitación con una puerta.

—Estamos. Es aquí.

El hombre abrió la puerta. Entraron en una gran estancia llena de estanterías de madera. A primera vista no se apreciaba el final.

—¡Guau! —exclamó Manuel—. ¡Qué pasada!

—Venid, allí al fondo estará el hermano Gamboa, el ayudante del director. Prácticamente está aquí todo el día.

—¿Aquí metido?

Felipe lo preguntaba incrédulo.

—Pues sí; pasa muchas horas. Es una persona que vive para los libros; los protege, los encuaderna si se estropean, les pone etiquetas y vigila que cada uno esté en su lugar. Un día me decía que le gusta hasta su olor.

Se acercaron a saludarlo.

—Vengo con dos amigos, dispuestos a emprender un viaje.

Los miró, sonrió y, casi sin levantar la cabeza, siguió encuadernando un libro con gran cuidado. ¿El viaje? —se preguntaron Felipe y Manuel, mirándose extrañados.

—Aquí están las joyas de la biblioteca, los libros más antiguos que tiene la Universidad. Vinieron de fuera, de Loyola, de Oña, de otras bibliotecas que tenían los jesuitas. Por eso se conoce como biblioteca Loyola, aunque, como os digo, muy pocos saben de su existencia. No está digitalizada y hay que consultar el archivo en los ficheros antiguos —dijo al tiempo que indicaba un mueble lleno de cajoncitos—. Allí están catalogados.

—¿Tú sabes cómo encontrar un libro?

—Sí, Manuel, es muy fácil porque tiene una clasificación muy lógica. Primero indica el estante y luego el plúteo.

—¿Y eso qué es? Lo del plúteo no lo he escuchado nunca.

—Mirad allí, ¿veis las divisiones del estante? Eso es; son los cajones en los que se divide.

—De todas formas, será mejor que nos ayudes tú a buscar algo, creo que nosotros nos perderemos enseguida.

—Yo os ayudo, claro. Ahora os quiero contar otro secreto.

Los dos lo miraron atentamente. El lugar les imponía. Había un gran silencio y tantos estantes de libros los sobrecogían. El techo era abovedado con unas líneas de arista que le daban un aire antiguo.

—Esta biblioteca conserva unos libros maravillosos. Son libros en los que prima la acción. Tienen una cualidad extraordinaria: al abrirlos y comenzar a leer, te transportan al tiempo que tratan y te incorporan a la vida que estás leyendo. ¿Habéis escuchado algo sobre los libros de viajes?

Manuel y Felipe se miraron incrédulos. El hombre los observaba.

—De viajes sí, pero para hacer turismo, no creo que sea lo que tú quieres decir —respondió Manuel.

—¿Parece increíble? Pues es así, este es el secreto que tenéis que guardar. No debéis contarlo a nadie. Y ahora preparaos para un gran viaje. No temáis, nadie observará vuestra partida. Vuestras familias no temerán nada ni sabrán nada de esto. Volveréis a casa a la noche como otros días. Solo yo lo sabré. ¿Preparados?

—No sé, casi me está dando miedo. ¿Quieres decir que vamos a viajar a Grecia?

—Eso es, Felipe, a Atenas, en el siglo V. Allí entenderéis lo que buscáis los dos. Tú quieres trabajar sobre los sofistas y Sócrates, y tú, Manuel, sobre los pitagóricos y la armonía.

—Pero, ¿cómo volveremos?

Manuel y Felipe estaban muy serios. La pregunta de Felipe había mostrado un cierto temblor en la voz. Aquella aventura era demasiado peligrosa. ¿Y si no podían regresar? ¿Y si se perdían en aquel mundo tan lejano?

—¡Tranquilos! Volveréis. Llegaréis a una biblioteca y la única condición que tenéis para volver es hacerlo desde la misma o desde otra. El hermano Gamboa os ayudará a buscar la escalera

de caracol, si llegáis tan mareados que no acertáis a encontrarla. Ya habéis visto dónde está el salón de grados. ¿De acuerdo?

—Y tú, ¿por qué no vienes con nosotros? —le preguntó Manuel.

—No estaría mal, pero ahora no viajaré. ¡Ah, una cosa más! Tenéis que elegir un nombre adecuado. ¿Qué nombre griego te gusta, Manuel?

Aquella pregunta le sorprendió de nuevo y por un momento se quedó callado.

—Y tú, ¿cómo te llamas? No nos lo has dicho.

El hombre sonrió.

—Me llaman Her; es una abreviatura cariñosa, así me podéis llamar vosotros.

Tuvieron la sensación de que ocultaba algo, que no les daba toda la información y que había salido del paso. A Manuel le hizo recordar la estatua de Hermes que corona el banco de Bilbao en la Gran Vía.

—Hermes, me decido por ese nombre, me gusta ese dios.

No se les escapó que la respuesta le había gustado. ¿Sería Hermes su nombre? No se lo había dicho.

—Muy bien, en recuerdo del dios Hermes, el mensajero, el dios conductor de almas, el de la suerte, el patrón de los juegos atléticos. Está en todos los gimnasios, así lo veréis allí.

—Tú, Felipe, lo tienes más fácil. Tu nombre es griego. Puedes transformarlo en Filipino.

Sonaba muy bien. Así que serían Hermes y Filipino.

—Ahora vamos a buscar los libros.

El hombre no tuvo que consultar el fichero. Enseguida los llevó a la estantería donde estaban los libros que buscaba. Era baja y formaba una mesa, de modo que los grandes libros podían apoyarse en ella.

—Aquí está. Es un ejemplar antiguo del *Canon*. ¿Te suena, Manuel?

—¿Que trata sobre arquitectura?

—Eso es. En realidad, este libro que lo contiene trata de medicina y es romano, de un médico llamado Galeno, para quien la salud del cuerpo era el resultado de la proporción armónica de todos los elementos que lo constituyen. En su interior conserva el *Canon*. Ya te darás cuenta de la relación que guarda una cosa con la otra.

Manuel se alegró al escuchar aquella explicación que entraba de lleno en su eje de interés.

—Para ti, Filipo, los discursos de Protágoras. No se han conservado enteros. Pero aquí está la frase famosa, ¿te acuerdas?

—¿La del hombre que es la medida de todas las cosas?

—Esa es. La recuerdas bien. Podéis apoyar aquí los libros —les recomendó señalando la encimera—. Yo os dejo tranquilos. Una cosa más: en tiempos de los griegos, en España había algunas colonias en la costa, como Emporion, la actual Ampurias, y otras. España no fue para ellos un país unificado. Así que si os preguntan de dónde sois, podéis recordar esa colonia.

Los miró sonriente.

—¡Buen viaje!

De tranquilos nada. Estaban nerviosos, por un lado, dispuestos a seguir la aventura, pero, por otro lado, con un cierto miedo. Abrieron los libros. Se quedaron mirando al hombre que se alejaba entre los pasillos de las estanterías repletas de libros antiguos.